

LA MUERTE DE OQUENDO.

Allá dó el astro del día
 tiñe de púrpura el cielo,
 y al linde de nuestra pátria
 corre en pós de otro hemisferio;
 allá en la ciudad hermosa,
 reina del suelo gallego,
 años há que estancia humilde
 cubierta de negro velo,
 se ostentaba solitaria
 de angustia henchida y silencio.
 Un sitial á la derecha
 y á la izquierda angosto lecho,
 un sacerdote en la silla
 y en el tugurio un enfermo.
 Triste el sacerdote está,
 suspiros lanza del pecho,
 y en tanto trémulo el lábio
 preces eleva al Eterno.
 Ya del moribundo el rostro
 contempla con fuerte anhelo,
 ya del corazon doliente
 escucha el latido atento,
 un crucifijo en la mano,
 de preces el libro abierto,
 hondo cuidado en el alma
 y hondo pesar en el pecho.
 ¿Quién es en tanto aquel hombre?
 ¿Quién el angustiado enfermo
 que allí en el lecho tendido,
 exánime, mudo, yerto,
 de la eternidad al borde
 aguarda el postrer momento?
 Rostro varonil ostenta,
 frente espaciosa, ojos negros,
 téz morena, barba riza,
 gesto audáz, blancos cabellos.
 Y en sus formas, su conjunto,
 en su mirada y su aspecto,
 lleva el sello de un valiente,
 lleva el emblema de un genio.

Mas ¡ay! que sudor glacial
 cubre su rostro, y su aliento
 de entre los cárdenos lábios
 se exhala apenado y lento,
 y están sus ojos sin luz,
 en desórden su cabello,
 su semblante sin color,
 postrado, inmóvil su cuerpo.
 Y de la estancia sombría
 tan solo rompe el silencio
 el rezo del sacerdote
 y el suspirar del enfermo.
 Mas súbito el cañon zumba
 con fuerte estentóreo eco,
 y ¡Enemigos! con voz tremula
 grita, alzándose, el enfermo.
 ¡Hijo mio!, el sacerdote
 exclama á su vez asiéndolo.
 ¡*Mi capitana!* repite,
 ¡*Mi capitana!* y al lecho
 cayó exhalando un suspiro;
 Tal vez era el postrimero.
 Siguió un punto de reposo,
 de horrible mortal silencio,
 y trasformando aquel cuadro
 ofreció en lúgubre aspecto,
 el sacerdote llorando,
 y aquel moribundo muerto.
 El áura, en tanto, marina
 de Cantábria al otro extremo,
 trajo con rápidas alas
 aquel suspiro postrero,
 y los antros del Uliá
 al devolver fúnebre eco
 llevaron duelo á cien almas,
 llevaron luto á cien pechos.
 Justo homenaje á la gloria,
 tributo debido al génio,
 que aquel doliente suspiro
 era el último de OQUENDO.